

Despertar

Gente durmiendo alrededor del Árbol.

Pasa Escarramán.

De a poco todos se van despertando, a la vez que empiezan a cantar el Perpiñán y creando La Rondalla.

Serenata 1

La Rondalla, llega a una casa, y comienzan La Serenata.

*Ya que quieres, crüel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,...*

Llega el Soldado e interrumpe y espanta a todos.

Entremés de la Guarda Cuidadosa

Sale UN SOLDADO a lo pícaro, con muy mala banda y un antojo, y detrás dél UN MAL SACRISTÁN.

SOLDADO.- ¿Qué me quieres, sombra vana?

SACRISTÁN.- No soy sombra vana, sino cuerpo macizo.

SOLDADO.- Pues con todo eso, por la fuerza de mi desgracia te conjuro que me digas quién eres y qué es lo que buscas por esta calle.

SACRISTÁN.- A eso te respondo, por la fuerza de mi dicha, que soy Lorenzo Pasillas, sotasacristán desta parroquia, y busco en esta calle lo que hallo y tú buscas y no hallas.

SOLDADO.- ¿Buscas por ventura a Cristinica, la fregona desta casa?

SACRISTÁN.- *Tu dixisti.*

SOLDADO.- Pues ven acá, sotasacristán de Satanás.

SACRISTÁN.- Pues voy allá, caballo de Ginebra.

SOLDADO.- Bueno: sota y caballo; no falta sino el rey para tomar las manos. Ven acá, digo otra vez, ¿y tú no sabes, Pasillas (que pasado te vea yo con un chuzo), que Cristinica es prenda mía?

SACRISTÁN.- ¿Y tú no sabes, pulpo vestido, que esa prenda la tengo yo rematada, que está por sus cabales y por mía?

SOLDADO.- ¡Vive Dios, que te dé mil cuchilladas y que te haga la cabeza pedazos!

SACRISTÁN.- Con las que le cuelgan desas calzas y con los dese vestido se podrá entretener, sin que se meta con los de mi cabeza.

SOLDADO.- ¿Has hablado alguna vez a Cristina?

SACRISTÁN.- Cuando quiero.

SOLDADO.- ¿Qué dádivas le has hecho?

SACRISTÁN.- Muchas.

SOLDADO.- ¿Cuántas y cuáles?

SACRISTÁN.- Dile una destas cajas de carne de membrillo, muy grande, llena de cercenaduras de hostias blancas como la misma nieve, y de añadidura cuatro cabos de velas de cera asimismo blancas como un armiño.

SOLDADO.- ¿Qué más le has dado?

SACRISTÁN.- En un billete envueltos, cien mil deseos de servirla.

SOLDADO.- Y ella ¿cómo te ha correspondido?

SACRISTÁN.- Con darme esperanzas propincuas de que ha de ser mi esposa.

SOLDADO.- Luego ¿no eres de epístola?

SACRISTÁN.- Ni aun de completas. Motilón soy, y puedo casarme cada y cuando me viniere en voluntad, y presto lo veredes.

- SOLDADO.-** Ven acá, motilón arrastrado, respóndeme a esto que preguntarte quiero. Si esta mochacha ha correspondido tan altamente, lo cual yo no creo, a la miseria de tus dádivas, ¿cómo corresponderá a la grandeza de las mías? Que el otro día le envié un billete amoroso, escrito por lo menos en un revés de un memorial que di a Su Majestad, significándole mis servicios y mis necesidades presentes (que no cae en mengua el soldado que dice que es pobre), el cual memorial salió decretado y remitido al limosnero mayor. Y sin atender a que, sin duda alguna, me podía valer cuatro o seis reales, con liberalidad increíble y con desenfado notable, escribí en el revés dél, como he dicho, mi billete, y sé que de mis manos pecadoras llegó a las tuyas casi santas.
- SACRISTÁN.-** ¿Hasle enviado otra cosa?
- SOLDADO.-** Suspiros, lágrimas, sollozos, parasismos, desmayos, con toda la caterva de las demostraciones necesarias que para descubrir su pasión los buenos enamorados usan, y deben de usar, en todo tiempo y sazón.
- SACRISTÁN.-** ¿Hasle dado alguna música concertada?
- SOLDADO.-** La de mis lamentos y congojas, las de mis ansias y pesadumbres.
- SACRISTÁN.-** Pues a mí me ha acontecido dársela con mis campanas a cada paso, y tanto, que tengo enfadada a toda la vecindad con el continuo ruido que con ellas hago, sólo por darle contento y porque sepa que estoy en la torre, ofreciéndome a su servicio. Y aunque haya de tocar a muerto, repico a vísperas solenes.
- SOLDADO.-** En eso me llevas ventaja, porque no tengo qué tocar, ni cosa que lo valga.
- SACRISTÁN.-** ¿Y de qué manera ha correspondido Cristina a la infinidad de tantos servicios como le has hecho?
- SOLDADO.-** Con no verme, con no hablarme, con maldecirme cuando me encuentra por la calle, con derramar sobre mí las lavazas cuando jabona y el agua de fregar cuando friega. Y esto es cada día, porque todos los días estoy en esta calle y a su puerta, porque soy su guarda cuidadosa; soy, en fin, el perro del hortelano, etcétera. Yo no la gozo, ni ha de gozarla ninguno mientras yo viviere. Por eso,

váyase de aquí el señor sotasacristán; que por haber tenido y tener respeto a las órdenes que tiene, no le tengo ya rompidos los cascos.

SACRISTÁN.- A rompérmelos como están rotos esos vestidos, bien rotos estuvieran.

SOLDADO.- El hábito no hace al monje. Y tanta honra tiene un soldado roto por causa de la guerra, como la tiene un colegial con el manto hecho añicos, porque en él se muestra la antigüedad de sus estudios. Y váyase, que haré lo que dicho tengo.

SACRISTÁN.- ¿Es porque me ve sin armas? Pues espérese aquí, señor guarda cuidadosa, y verá quién es Callejas.

SOLDADO.- ¿Qué puede ser un Pasillas?

SACRISTÁN.- ¡Ahora lo veredes!, dijo Agrajes.

Entrase el SACRISTÁN.

SOLDADO.- ¡Oh, mujeres, mujeres, todas, o las más, mudables y antojadizas! ¿Dejas, Cristina, a esta flor, a este jardín de la soldadesca, y acomodaste con el muladar de un sotasacristán, pudiendo acomodarte con un sacristán entero, y aun con un canónigo? Pero yo procuraré que te entre en mal provecho, si puedo, aguantando tu gusto, con ojear desta calle y de tu puerta los que imaginare que por alguna vía pueden ser tus amantes, y así vendré a alcanzar nombre de la guarda cuidadosa.

Entra UN MOZO con su caja y ropa verde, como estos que piden limosna para alguna imagen.

MOZO.- Den por Dios, para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía, que les guarde la vista de los ojos. ¡Ah de casa! ¿Dan limosna?

SOLDADO.- Hola, amigo Santa Lucía, venid acá. ¿Qué es lo que queréis en esa casa?

MOZO.- ¿Ya vuesa merced no lo ve? Limosna para la lámpara del aceite de señora Santa Lucía.

- SOLDADO.-** ¿Pedís para la lámpara o para el aceite de la lámpara? Que como decís *limosna para la lámpara del aceite*, parece que la lámpara es del aceite, y no el aceite de la lámpara.
- MOZO.-** Ya todos entienden que pido para el aceite de la lámpara, y no para la lámpara del aceite.
- SOLDADO.-** ¿Y suelen dar limosna en esta casa?
- MOZO.-** Cada día dos maravedís.
- SOLDADO.-** ¿Y quién sale a dároslos?
- MOZO.-** Quien se halla más a mano. Aunque las más veces sale una fregoncita que se llama Cristina, bonita como un oro.
- SOLDADO.-** ¿Así que es la fregoncita bonita como un oro?
- MOZO.-** ¡Y como unas pelras!
- SOLDADO.-** ¿De modo que no os parece mal a vos la muchacha?
- MOZO.-** Pues aunque yo fuera hecho de leño, no pudiera parecerme mal.
- SOLDADO.-** ¿Cómo os llamáis? Que no querría volveros a llamar Santa Lucía.
- MOZO.-** Yo, señor, Andrés me llamo.
- SOLDADO.-** Pues, señor Andrés, esté en lo que quiero decirle: tome este cuarto de a ocho, y haga cuenta que va pagado por cuatro días de la limosna que le dan en esta casa y suele recibir por mano de Cristina, y váyase con Dios, y séale aviso que por cuatro días no vuelva a llegar a esta puerta ni por lumbre, que le romperé las costillas a coces.
- MOZO.-** Ni aun volveré en este mes, si es que me acuerdo. No tome vuesa merced pesadumbre, que ya me voy.

Vase.

.

- SOLDADO.-** ¡No, sino dormíos, guarda cuidadosa!

Entra OTRO mozo vendiendo y pregonando tranzaderas, holanda, cambray, randas de Flandes y hilo portugués.

UNO.- ¿Compran tranzaderas, randas de Flandes, holanda, cambray, hilo portugués?

CRISTINA, a la ventana.

CRISTINA.- Hola, Manuel. ¿Traéis vivos para unas camisas?

UNO.- Sí traigo, y muy buenos.

CRISTINA.- Pues entrá, que mi señora los ha menester.

SOLDADO.- ¡Oh estrella de mi perdición, antes que norte de mi esperanza! Tranzaderas, o como os llamáis, ¿conocéis aquella doncella que os llamó desde la ventana?

UNO.- Sí conozco. Pero ¿por qué me lo pregunta vuesa merced?

SOLDADO.- ¿No tiene muy buen rostro y muy buena gracia?

UNO.- A mí así me lo parece.

SOLDADO.- Pues también me parece a mí que no entre dentro desa casa. Si no, ¡por Dios, que ha de molelle los huesos, sin dejarle ninguno sano!

UNO.- Pues ¿no puedo yo entrar adonde me llaman para comprar mi mercadería?

SOLDADO.- ¡Vaya, no me replique, que haré lo que digo, y luego!

UNO.- ¡Terrible caso! Pasito, señor soldado, que ya me voy.

Vase Manuel. CRISTINA, a la ventana.

CRISTINA.- ¿No entras, Manuel?

SOLDADO.- Ya se fue Manuel, señora la de los vivos, y aun señora la de los muertos, porque a muertos y a vivos tienes debajo de tu mando y señorío.

CRISTINA.- ¡Jesús, y qué enfadoso animal! ¿Qué quieres en esta calle y en esta puerta?

Entrase CRISTINA.

SOLDADO.- Encubrióse y púsose mi sol detrás de las nubes.

Pasa *ESCARRAMÁN*.

Entra UN ZAPATERO con unas chinelas pequeñas nuevas en la mano, y yendo a entrar en casa de CRISTINA, detiéndele el SOLDADO.

SOLDADO.- Señor bueno, ¿busca vuesa merced algo en esta casa?

ZAPATERO.- Sí busco.

SOLDADO.- ¿Y a quién, si fuere posible saberlo?

ZAPATERO.- ¿Por qué no? Busco a una fregona que está en esta casa, para darle estas chinelas que me mandó hacer.

SOLDADO.- ¿De manera que vuesa merced es su zapatero?

ZAPATERO.- Muchas veces la he calzado.

SOLDADO.- ¿Y hale de calzar ahora estas chinelas?

ZAPATERO.- No será menester. Si fueran zapatillos de hombre, como ella los suele traer, si calzara.

SOLDADO.- Y éstas ¿están pagadas o no?

ZAPATERO.- No están pagadas, que ella me las ha de pagar agora.

SOLDADO.- ¿No me haría vuesa merced una merced, que sería para mí muy grande? y es que me fiase estas chinelas, dándole yo prendas que lo valiesen, hasta desde aquí a dos días, que espero tener dineros en abundancia.

ZAPATERO.- Sí haré, por cierto. Venga la prenda, que como soy pobre oficial, no puedo fiar a nadie.

SOLDADO.- Yo le daré a vuesa merced un mondadientes que le estimo en mucho, y no le dejaré por un escudo. ¿Dónde tiene vuesa merced la tienda, para que vaya a quitarle?

- ZAPATERO.-** En la calle Mayor, en un poste de aquéllos, y llámome Juan Juncos.
- SOLDADO.-** Pues, señor Juan Juncos, el mondadientes es éste, y estímele vuesa merced en mucho, porque es mío.
- ZAPATERO.-** Pues ¿una biznaga que apenas vale dos maravedís quiere vuesa merced que estime en mucho?
- SOLDADO.-** ¡Oh, pecador de mí! No la doy yo sino para recuerdo de mí mismo, porque cuando vaya a echar mano a la faldriquera y no halle la biznaga, me venga a la memoria que la tiene vuesa merced y vaya luego a quitalla. Sí, a fe de soldado, que no la doy por otra cosa. Pero si no está contento con ella, añadiré esta banda y este antojo, que al buen pagador no le duelen prendas.
- ZAPATERO.-** Aunque zapatero, no soy tan descortés que tengo de despojar a vuesa merced de sus joyas y preseas. Vuesa merced se quede con ellas, que yo me quedaré con mis chinelas, que es lo que me está más a cuento.
- SOLDADO.-** ¿Cuántos puntos tienen?
- ZAPATERO.-** Cinco escasos.
- SOLDADO.-** Más escaso soy yo, chinelas de mis entrañas, pues no tengo seis reales para pagaros, chinelas de mis entrañas. Escuche vuesa merced, señor zapatero, que quiero glosar aquí de repente este verso que me ha salido medido: *Chinelas de mis entrañas*.
- ZAPATERO.-** ¿Es poeta vuesa merced?
- SOLDADO.-** Famoso, y agora lo verá. Esteme atento.
- Chinelas de mis entrañas.*

Es Amor tan gran tirano,
que, olvidado de la fe
que le guardo siempre en vano,
hoy, con la funda de un pie,
da a mi esperanza de mano.

Estas son vuestras hazañas,
fundas pequeñas y hurañas,
que ya mi alma imagina
que sois, por ser de Cristina,
Chinelas de mis entrañas.

ZAPATERO.- A mí poco se me entiende de trovas, pero éstas me han sonado tan bien que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son o parecen buenas.

SOLDADO.- Pues, señor, ya que no lleva remedio de fiarme estas chinelas (que no fuera mucho, y más sobre tan dulces prendas, por mi mal halladas), llévelo, a lo menos, de que vuesa merced me las guarde hasta desde aquí a dos días, que yo vaya por ellas. Y por ahora, digo, por esta vez, el señor zapatero no ha de ver ni hablar a Cristina.

ZAPATERO.- Yo haré lo que me manda el señor soldado, porque se me trasluce de qué pies cojea, que son dos: el de la necesidad y el de los celos.

SOLDADO.- Ese no es ingenio de zapatero, sino de colegial trilingüe.

ZAPATERO.- ¡Oh, celos, celos, cuán mejor os llamaran duelos, duelos!

Entrase el ZAPATERO.

SOLDADO.- No, sino no seáis guarda, y guarda cuidadosa, y veréis cómo se os entran mosquitos en la cueva donde está el licor de vuestro contento. Pero ¿qué voz es ésta? Sin duda es la de mi Cristina, que se desenfada cantando cuando barre o friega.

Suenan dentro platos, como que friegan, y cantan:

*Sacristán de mi vida,
tenme por tuya,
y fiado en mi fe,
canta alleluia.*

SOLDADO.- ¡Oídos que tal oyen! Sin duda el sacristán debe de ser el brinco de su alma. ¡Oh platera, la más limpia que tiene, tuvo o tendrá el calendario de las fregonas! ¿Por qué, así como limpias esa loza talaveril que traes entre las manos, y la vuelves en bruñida y tersa plata, no limpias esa alma de pensamientos bajos y sotasacristaniles?

Entra EL AMO de CRISTINA.

AMO.- Galán, ¿qué quiere o qué busca a esta puerta?

SOLDADO.- Quiero más de lo que sería bueno, y busco lo que no hallo. Pero ¿quién es vuesa merced, que me lo pregunta?

AMO.- Soy el dueño desta casa.

SOLDADO.- ¿El amo de Cristinica?

AMO.- El mismo.

SOLDADO.- Pues lléguese vuesa merced a esta parte, y tome este envoltorio de papeles, y advierta que ahí dentro van las informaciones de mis servicios, con veinte y dos fees de veinte y dos generales, debajo de cuyos estandartes he servido, amén de otras treinta y cuatro de otros tantos maestros de campo que se han dignado de honrarme con ellas.

AMO.- Pues no ha habido, a lo que yo alcanzo, tantos generales ni maestros de campo de infantería española de cien años a esta parte.

SOLDADO.- Vuesa merced es hombre pacífico y no está obligado a entenderse mucho de las cosas de la guerra. Pase los ojos por esos papeles y verá en ellos, unos sobre otros, todos los generales y maestros de campo que he dicho.

- AMO.-** Yo los doy por pasados y vistos. Pero ¿de qué sirve darme cuenta desto?
- SOLDADO.-** De que hallará vuesa merced por ellos ser posible ser verdad una que agora diré, y es que estoy consultado en uno de tres castillos y plazas que están vacas en el reino de Nápoles, conviene a saber: Gaeta, Barleta y Rijoles.
- AMO.-** Hasta agora, ninguna cosa me importa a mí estas relaciones que vuesa merced me da.
- SOLDADO.-** Pues yo sé que le han de importar, siendo Dios servido.
- AMO.-** ¿En qué manera?
- SOLDADO.-** En que, por fuerza, si no se cae el cielo, tengo de salir proveído en una destas plazas, y quiero casarme agora con Cristinica. Y siendo yo su marido, puede vuesa merced hacer de mi persona y de mi mucha hacienda como cosa propia, que no tengo de mostrarme desagradecido a la crianza que vuesa merced ha hecho a mi querida y amada consorte.
- AMO.-** Vuesa merced lo ha de los cascos más que de otra parte.
- SOLDADO.-** ¿Pues sabe cuánto le va, señor dulce? Que me la ha de entregar luego luego, o no ha de atravesar los umbrales de su casa.
- AMO.-** ¿Hay tal disparate? ¿Y quién ha de ser bastante para quitarme que no entre en mi casa?

Vuelve el SOTASACRISTÁN PASILLAS, armado con un tapador de tinaja y una espada muy mohosa. Viene con él OTRO SACRISTÁN con un morrión y una vara o palo, atado a él un rabo de zorra.

- SACRISTÁN.-** ¡Ea, amigo Grajales, que éste es el turbador de mi sosiego!
- GRAJALES.-** No me pesa sino que traigo las armas endebles y algo tiernas, que ya le hubiera despachado al otro mundo a toda diligencia.
- AMO.-** ¡Ténganse, gentiles hombres! ¿Qué desmán y qué asesinato es éste?

SOLDADO.- ¡Ladrones! ¿A traición y en cuadrilla? ¡Sacristanes falsos, voto a tal que os tengo que horadar, aunque tengáis más órdenes que un ceremonial! ¡Cobarde!, ¿a mí con rabo de zorra? ¿Es notarme de borracho, o piensas que estás quitando el polvo a alguna imagen de bulto?

GRAJALES.- No pienso sino que estoy ojeando los mosquitos de una tinaja de vino.

A la ventana, CRISTINA y su AMA.

CRISTINA.- ¡Señora, señora, que matan a mi señor! ¡Más de dos mil espadas están sobre él, que relumbran que me quitan la vista!

ELLA.- Dices verdad, hija mía, ¡Dios sea con él! ¡Santa Úrsola, con las once mil vírgines, sea en su guarda! Ven, Cristina, y bajemos a socorrerle como mejor pudiéremos.

AMO.- Por vida de vuestas mercedes, caballeros, que se tengan, y miren que no es bien usar de superchería con nadie.

SOLDADO.- ¡Tente, rabo, y tente, tapadorcillo, no acabéis de despertar mi cólera, que si la acabo de despertar, os mataré, y os comeré, y os arrojaré por la puerta falsa dos leguas más allá del infierno!

AMO.- ¡Téngase, digo! ¡Si no, por Dios que me descomponga de modo que pese a alguno!

SOLDADO.- Por mí, tenido soy, que te tengo respeto por la imagen que tienes en tu casa.

SACRISTÁN.- Pues aunque esa imagen haga milagros, no os ha de valer esta vez.

SOLDADO.- ¿Han visto la desvergüenza deste bellaco, que me viene a hacer cocos con un rabo de zorra, no habiéndome espantado ni atemorizado tiros mayores que el de Dío, que está en Lisboa?

Entran CRISTINA y su señora.

ELLA.- ¡Ay, marido mío! ¿Estáis, por desgracia, herido, bien de mi alma?

CRISTINA.- ¡Ay, desdichada de mí! Por el siglo de mi padre, que son los de la pendencia mi sacristán y mi soldado.

SOLDADO.- Aun bien que voy a la parte con el sacristán, que también dijo *mi soldado*.

AMO.- No estoy herido, señora. Pero sabed que toda esta pendencia es por Cristinica.

ELLA.- ¿Cómo por Cristinica?

AMO.- A lo que yo entiendo, estos galanes andan celosos por ella.

ELLA.- Y ¿es esto verdad, muchacha?

CRISTINA.- Sí, señora.

ELLA.- ¡Mirad con qué poca vergüenza lo dice! Y ¿hate deshonrado alguno dellos?

CRISTINA.- Sí, señora.

ELLA.- ¿Cuál?

CRISTINA.- El sacristán me deshonró el otro día, cuando fui al Rastro.

ELLA.- ¿Cuántas veces os he dicho yo, señor, que no saliese esta muchacha fuera de casa, que ya era grande y no convenía apartarla de nuestra vista? ¿Qué dirá ahora su padre, que nos la entregó limpia de polvo y de paja? ¿Y dónde te llevó, traidora, para deshonrarte?

CRISTINA.- A ninguna parte, sino allí en mitad de la calle.

ELLA.- ¿Cómo en mitad de la calle?

CRISTINA.- Allí, en mitad de la calle de Toledo, a vista de Dios y de todo el mundo, me llamó de sucia y de deshonesto, de poca vergüenza y menos miramiento, y otros muchos baldones deste jaez. Y todo por estar celoso de aquel soldado.

AMO.- Luego ¿no ha pasado otra cosa entre ti ni él, sino esa deshonra que en la calle te hizo?

CRISTINA.- No por cierto, porque luego se le pasa la cólera.

ELLA.- El alma se me ha vuelto al cuerpo, que le tenía ya casi desamparado.

CRISTINA.- Y más, que todo cuanto me dijo fue confiado en esta cédula que me ha dado de ser mi esposo, que la tengo guardada como oro en paño.

AMO.- Muestra, veamos.

ELLA.- Leedla alto, marido.

AMO.- Así dice: «Digo yo, Lorenzo Pasillas, sotasacristán desta parroquia, que quiero bien, y muy bien, a la señora Cristina de Párraces. Y en fee desta verdad, le di ésta, firmada de mi nombre, fecha en Madrid, en el cimiterio de San Andrés, a seis de mayo deste presente año de mil y seiscientos y once. Testigos, mi corazón, mi entendimiento, mi voluntad y mi memoria. *Lorenzo Pasillas.*» ¡Gentil manera de cédula de matrimonio!

SACRISTÁN.- Debajo de decir que la quiero bien, se incluye todo aquello que ella quisiere que yo haga por ella, porque quien da la voluntad lo da todo.

AMO.- Luego, si ella quisiese, ¿bien os casaríades con ella?

SACRISTÁN.- De bonísima gana, aunque perdiese la expectativa de tres mil maravedís de renta, que ha de fundar agora sobre mi cabeza una agüela mía, según me han escrito de mi tierra.

SOLDADO.- Si voluntades se toman en cuenta, treinta y nueve días hace hoy que, al entrar de la Puente Segoviana, di yo a Cristina la mía, con todos los anexos a mis tres potencias. Y si ella quisiere ser mi esposa, algo irá a decir de ser castellano de un famoso castillo, a un sacristán no entero sino medio, y aun de la mitad le debe de faltar algo.

AMO.- ¿Tienes deseo de casarte, Cristinica?

CRISTINA.- Sí tengo.

AMO.- Pues escoge, destos dos que se te ofrecen, el que más te agradare.

- CRISTINA.-** Tengo vergüenza.
- ELLA.-** No la tengas, porque el comer y el casar ha de ser a gusto propio, y no a voluntad ajena.
- CRISTINA.-** Vuelas mercedes, que me han criado, me darán marido como me convenga. Aunque todavía quisiera escoger.
- SOLDADO.-** Niña, échame el ojo, mira mi garbo. Soldado soy, castellano pienso ser; brío tengo de corazón; soy el más galán hombre del mundo. Y por el hilo deste vestidillo, podrás sacar el ovillo de mi gentileza.
- SACRISTÁN.-** Cristina, yo soy músico, aunque de campanas; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja. Y estos oficios bien los puedo ejercitar casado y ganar de comer como un príncipe.
- AMO.-** Ahora bien, muchacha, escoge de los dos el que te agrada, que yo gusto dello. Y con esto pondrás paz entre dos tan fuertes competidores.
- SOLDADO.-** Yo me allano.
- SACRISTÁN.-** Y yo me rindo.
- CRISTINA.-** Pues escojo al sacristán.

Han entrado los músicos.

- AMO.-** Pues llamen esos oficiales de mi vecino el barbero, para que con sus guitarras y voces nos entremos a celebrar el desposorio cantando y bailando. Y el señor soldado será mi convidado.
- SOLDADO.-** Acepto:
*«Que, donde hay fuerza de hecho,
se pierde cualquier derecho».*
- MÚSICOS.-** Pues hemos llegado a tiempo, éste será el estribillo de nuestra letra.

Cantan el estribillo.

SOLDADO.- «Siempre escogen las mujeres
aquellos que vale menos,
porque excede su mal gusto
a cualquier merecimiento.
Ya no se estima el valor,
porque se estima el dinero,
pues un sacristán prefieren
a un roto soldado lego.
Mas no es mucho, que ¿quién vio
que fue su voto tan necio
que a sagrado se acogiese,
que es de delincuentes puerto?
Que adonde hay fuerza, etc.»

SACRISTÁN.- Como es propio de un soldado
(que es sólo en los años viejo
y se halla sin un cuarto
porque ha dejado su tercio)
imaginar que ser puede
pretendiente de Gaiferos,
conquistando por lo bravo
lo que yo por manso adquiero,
no me afrentan tus razones,
pues has perdido en el juego.
Que siempre un picado tiene
licencia para hacer fieros.
Que adonde, etc.»

Éntranse cantando y bailando.

Serenata 2

Aparece La Rondalla.

LUGO.- Toquen, que ésta es la casa, y al seguro
que presto llegue el bramo a los oídos
de la ninfa, que he dicho, jerezana,
cuya vida y milagros en mi lengua
viene cifrada en verso correntío.
A la jácara toquen, pues comienzo.

MÚSICO 1.- ¿Quieres que le rompamos las ventanas
antes de comenzar, porque esté atenta?

LUGO.- Acabada la música, andaremos
aquestas estaciones. Vaya agora
el guitarresco son, y el aquelindo.

*Ya que quieres, crüel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezcladas por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.*

Asómase a la ventana VADEMÉCUM.

VADEMÉCUM.- ¿Están en sí, señores? ¿No dan cata
que no los oye nadie en esta casa?

LUGO.- ¿Cómo así, tajamoco?

VADEMÉCUM.- Porque el dueño
ha que está ya de duelo cuatro días.

MÚSICO 1.- Convaleciente, di: ¿cómo, de duelo?

VADEMÉCUM.- Digo de luto; ¿no entrevan?

LUGO.- ¿De luto?
Pues, ¿quién partió a la otra vida?

VADEMÉCUM.- Su amiga
aquella Periconá, un pozo de oro.

MÚSICO 2.- ¿La que en la puerta la llamaban puta?

VADEMÉCUM.- Aquesa misma,

LUGO.- ¡Éstrate, bodegón almidonado!

MÚSICO 2.- ¡Zabúllete, fantasma antojadiza!

MÚSICO 3.- ¡Escóndete, podenco cuartanario!

VADEMÉCUM.- Entróme, ladroncitos en cuadrilla;
zabullóme, cernícalos rateros;
escondo me, corchetes a lo Caco.

LUGO.- ¡Vive Dios, que es de humor el hideputa!

VADEMÉCUM.- No tire nadie; estén las manos quedas,
y anden las lenguas.

MÚSICO 3.- ¿Quién te tira, sucio?

VADEMÉCUM.- ¿Hay más? ¡Si no me abajo, cuál me paran!

LUGO.- ¿Han visto los melindres del bellaco?
No le tiran, y quéjase.

MÚSICO 3.- Aqueste,
estudiantil es del hampa.

MÚSICO 4.- ¿Qué haremos?

LUGO.- Vamos a dar asalto al pastelero
que está aquí cerca.

MUSICO 1.- Vamos, que ya es hora

*Pasa **Escarramán***

que aqueste desertor o churrullero
que viene aquí nos da a entender cuan cerca
viene ya el día.

*Vase **La Rondalla** cantando el Perpiñán.*

Entremés del Rufián Viudo Llamado Trampagos

Sale TRAMPAGOS con un capuz de luto y con él VADEMÉCUM, su criado con dos espadas de esgrima.

TRAMPAGOS.- ¡Vademécum!

VADEMÉCUM.- ¿Señor?

TRAMPAGOS.- ¿Traes las morenas?

VADEMÉCUM.- Traígoles.

TRAMPAGOS.- Está bien. Muestra y camina,
y saca aquí la silla de respaldo
con los otros asientos de por casa.

VADEMÉCUM.- ¿Qué asientos? ¿Hay alguno, por ventura?

5

TRAMPAGOS.- Saca el mortero vuelto, el broquel saca
y el banco de la cama.

VADEMÉCUM.- Está impedido,
fáltale un pie.

TRAMPAGOS.- ¿Y es tacha?

VADEMÉCUM.- ¡Y no pequeña!

Entrase VADEMÉCUM.

TRAMPAGOS.- ¡Ah, Pericon, Pericon mía,
y aun de todo el concejo! En fin, llegóse 10
el tuyo. Yo quedé, tú te has partido;
y es lo peor que no imagino adónde;
aunque, según fue el curso de tu vida,
bien se puede creer piadosamente
que estás en parte... aun no me determino 15
de señalarte asiento en la otra vida.
Tendréla yo, sin ti, como de muerte.
¡Que no me hallara yo a tu cabecera
cuando diste el espíritu a los aires,
para que le acogiera entre mis labios, 20
y en mi estómago limpio le envasara!
¡Miseria humana! ¿Quién de ti confía?
Ayer fui Pericon, hoy tierra fría,
como dijo un poeta celeberrimo.

Entra CHIQUIZNAQUE, rufián.

CHQUIZNAQUE.-	Mi so Trampagos, ¿es posible sea voacé tan enemigo <i>mortal</i> suyo que se entumbe, se encubra y se trasponga debajo desa sombra bayetuna el sol hampesco? So Trampagos, basta tanto gemir, tantos suspiros bastan.	25 30
TRAMPAGOS.-	Trueque voacé las lágrimas corrientes en limosnas y en misas y oraciones por la gran Periconá, que Dios haya; que importan más que llantos y sollozos.	35
CHQUIZNAQUE.-	Voacé ha garlado como un tólogo, mi señor Chiquiznaque. Pero en tanto que encarrilo mis cosas de otro modo, tome vuesa merced y platiquemos una levada nueva.	40

Entra VADEMÉCUM con la silla, muy vieja y rota.

VADEMÉCUM.-	¡Bueno, por vida mía! Quien le quita a mi señor de líneas y posturas le quita de los días de la vida.	45
TRAMPAGOS.-	Vuelve por el mortero y por el banco, y el broquel no se olvide, Vademécum.	
VADEMÉCUM.-	Y aun trairé el asador, sartén y platos.	

Vuélvese a entrar.

TRAMPAGOS.- Después platicaremos una treta,
única, a lo que creo, y peregrina;
que el dolor de la muerte de mi ángel 50
las manos ata y el sentido todo.

CHQUIZNAQUE.- ¿De qué edad acabó la mal lograda?

TRAMPAGOS.- Para con sus amigas y vecinas,
treinta y dos años tuvo.

CHQUIZNAQUE.- ¡Edad lozana! 55

TRAMPAGOS.- Si va a decir verdad, ella tenía
cincuenta y seis; pero de tal manera
supo encubrir los años, que me admiro.
¡Oh, qué teñir de canas! ¡Oh, qué rizos,
vuelos de plata en oro los cabellos! 60

A seis del mes que viene hará quince años
que fue mi tributaria, sin que en ellos
me pusiese en pendencia ni en peligro
de verme palmeadas las espaldas.

CHQUIZNAQUE.- ¿De qué murió?

TRAMPAGOS.- ¿De qué? Casi de nada:
los médicos dijeron que tenía
malos los hipocondrios y los hígados,
y que con agua de taray pudiera 90
vivir, si la bebiera, setenta años.

CHQUIZNAQUE.- ¿No la bebió?

TRAMPAGOS.- Murióse.

CHQUIZNAQUE.-

Fue una necia.

¡Bebírala hasta el día del juicio,
que hasta entonces viviera! El yerro estuvo
en no hacerla sudar.

TRAMPAGOS.-

Sudó once veces

95

Entra VADEMÉCUM con los asientos referidos.

CHQUIZNAQUE.-

¿Y aprovechó alguna?

TRAMPAGOS.-

Casi todas:

siempre quedaba como un ginjo verde,
sana como un peruétano o manzana.

CHQUIZNAQUE.-

Dícenme que tenía ciertas fuentes
en las piernas y brazos.

TRAMPAGOS.-

La sin dicha

100

era un Aranjüez; pero, con todo,
hoy come en ella la que llaman tierra,
de las más blancas y hermosas carnes
que jamás encerraron sus entrañas.
Y si no fuera porque habrá dos años
que comenzó a dañársele el aliento,
era abrazarla como quien abraza
un tiesto de albahaca o clavellinas.

105

CHQUIZNAQUE.-

Neguijón debió ser o corrimiento
el que dañó las perlas de su boca,
quiero decir, sus dientes y sus muelas.

TRAMPAGOS.-

Una mañana amaneció sin ellos.

VADEMÉCUM.- Así es verdad, mas fue deso la causa
que anocheció sin ellos. De los finos,
cinco acerté a contarle; de los falsos, 115
doce disimulaba en la covacha.

TRAMPAGOS.- ¿Quién te mete a ti en esto, mentecato?

VADEMÉCUM.- Acredito verdades.

TRAMPAGOS.- Chiquiznaque,
ya se me ha reducido a la memoria
la treta de denantes. Toma, y vuelve 120
al ademán primero.

VADEMÉCUM.- Pongan pausa,
y quédese la treta en ese punto,
que acuden moscovitas al reclamo.
La Repulida viene y la Pizpita,
y la Mostrenca y el jayán Juan Claros. 125

TRAMPAGOS.- Vengan en hora buena; vengan ellos
en cien mil norabuenas.

Entran LA REPULIDA, LA PIZPITA, LA MOSTRENCA y el rufián JUAN CLAROS.

JUAN.- En las mismas
esté mi sor Trampagos.

REPULIDA.- Quiera el cielo
mudar su escuridad en luz clarísima.

PIZPITA.- Desollado le vieses ya mis lumbres 130
de aquel pellejo lóbrego y oscuro.

MOSTRENCA.- ¡Jesús, y qué fantasma noturnina!
Quítenmele delante.

VADEMÉCUM.- ¿Melindricos?

TRAMPAGOS.-	Fuera yo un Polifemo, un antropófago, un troglodita, un bárbaro Zoílo, un caimán, un caribe, un comevivos, si de otra suerte me adornara en tiempo de tamaña desgracia.	135
JUAN.-	Razón tiene.	
TRAMPAGOS.-	¡He perdido una mina potosisca, un muro de la hiedra de mis faltas, un árbol de la sombra de mis ansias!	140
JUAN.-	Era la Pericon a un pozo de oro.	
TRAMPAGOS.-	Sentarse a prima noche, y a las horas que se echa el golpe, hallarse con sesenta numos en cuartos, ¿por ventura es barro? Pues todo esto perdí en la que ya pudre.	145
REPULIDA.-	Confieso mi pecado: siempre tuve envidia a su no vista diligencia. No puedo más, yo hago lo que puedo, pero no lo que quiero.	
PIZPITA.-	No te penes, pues vale más aquel que Dios ayuda, que el que mucho madruga. Ya me entiendes.	150
VADEMÉCUM.-	El refrán vino aquí como de molde. ¡Tal os dé Dios el sueño, mentecatas!	
MOSTRENCA.-	Nacidas somos. No hizo Dios a nadie a quien desamparase. Poco valgo, pero en fin, como y ceno, y a mi cuyo le traigo más vestido que un palmito. Ninguna es fea, como tenga brios; ¡feo es el diablo!	155

VADEMÉCUM.-	Alega la Mostrenca	160
	muy bien de su derecho, y alegara mejor si se añadiera el ser muchacha y limpia, pues lo es por todo extremo.	
CHQUIZNAQUE.-	En el que está Trampagos me da lástima.	
TRAMPAGOS.-	Vestíme este capuz, mis dos lanternas convertí en alquitaras.	165
VADEMÉCUM.-	¿De aguardiente?	
TRAMPAGOS.-	Pues ¿tanto cuelo yo, hi de malicias?	
VADEMÉCUM.-	A cuatro lavanderas de la puente puede dar quince y falta en la colambre; ¡miren qué ha de llorar, sino agua ardiente!	170
JUAN.-	Yo soy de parecer que el gran Trampagos ponga silencio a su contino llanto y vuelva al <i>sicut erat in principio</i> , digo, a sus olvidadas alegrías, y tome prenda que las tuyas quite.	175
	Que es bien que el vivo vaya a la hogaza, como el muerto se va a la sepultura.	
REPULIDA.-	Zonzorino Catón es Chiquiznaque.	
PIZPITA.-	Pequeña soy, Trampagos, pero grande tengo la voluntad para servirte.	180
	No tengo cuyo, y tengo ochenta cobas.	
REPULIDA.-	Yo ciento, y soy dispuesta y nada lerda.	
MOSTRENCA.-	Veinte y dos tengo yo, y aun veinticuatro, y no soy mema.	

REPULIDA.-	¡Oh mi Jezúz! ¿Qué es esto?	
	¿Contra mí la Pizpita y la Mostrenca?	185
	¿En tela quieres competir conmigo, culebrilla de alambre, y tú, pazguata?	
PIZPITA.-	¡Por vida de los huesos de mi abuela, doña Maribobales, mondaníspolas, que no la estimo en un feluz morisco!	190
	¿Han visto el ángel tonto almidonado, cómo quiere empinarse sobre todas?	
MOSTRENCA.-	Sobre mí no, a lo menos; que no sufro carga que no me ajuste y me convenga.	
JUAN.-	Adviertan que defiendo a la Pizpita.	195
CHQUIZNAQUE.-	Consideren que está la Repulida debajo de las alas de mi amparo.	
VADEMÉCUM.-	¡Aquí fue Troya, aquí se hacen rajas, los de las cachas amarillas salen! ¡Aquí, otra vez, fue Troya!	
REPULIDA.-	Chiquiznaque, no he menester que nadie me defienda. Aparta, tomaré yo la venganza, rasgando con mis manos pecadoras la cara de membrillo cuartanario.	200
JUAN.-	¡Repulida, respeto al gran Juan Claros!	205
PIZPITA.-	¡Déjala venga, déjala que llegue esa cara de masa mal sobada!	

Entra UNO muy alborotado

UNO.- Juan Claros, ¡la justicia, la justicia!
El alguacil de la justicia viene
la calle abajo.

Éntrase luego.

JUAN.- ¡Cuerpo de mi padre!
¡No paro más aquí!

210

TRAMPAGOS.- Ténganse todos;
Ninguno se alborote, que es mi amigo
el alguacil. No hay que tenerle miedo.

Torna a entrar.

UNO.- No viene acá, la calle abajo cuela.

Vase.

CHQUIZNAQUE.- El alma me temblaba ya en las carnes,
porque estoy desterrado.

215

TRAMPAGOS.- Aunque viniera,
no nos hiciera mal, yo lo sé cierto:
que no puede chillar, porque está untado.

VADEMÉCUM.- Cese, pues, la pendencia, y mi sor sea
el que escoja la prenda que le cuadre
o le esquine mejor.

220

REPULIDA.- Yo soy contenta.

PIZPITA.- Y yo también

MOSTRENCA.-	Y yo.	
VADEMÉCUM.-	Gracias al cielo, que he hallado a tan gran mal tan gran remedio.	
TRAMPAGOS.-	Abúrrome, y escojo.	
MOSTRENCA.-	Dios te guíe.	
REPULIDA.-	Si te aburres, Trampagos, la escogida también será aburrida.	225
TRAMPAGOS.-	Errado anduve: sin aburrirme escojo.	
MOSTRENCA.-	Dios te guíe.	
TRAMPAGOS.-	Digo que escojo aquí a la Repulida.	
JUAN.-	Con su pan se la coma, Chiquiznaque.	
CHQUIZNAQUE.-	Y aun sin pan, que es sabrosa en cualquier modo.	230
REPULIDA.-	Tuya soy. Ponme un clavo y una S en estas dos mejillas.	
PIZPITA.-	¡Oh hechicera!	
MOSTRENCA.-	No es sino venturosa. No la envidies, porque no es muy católico Trampagos, pues ayer enterró a la Periconas y hoy la tiene olvidada.	235
PIZPITA.-	Muy bien dices.	
TRAMPAGOS.-	Este capuz arruga, Vademécum; y dile al padre que sobre él te preste una docena de reales.	
VADEMÉCUM.-	Creo que tengo yo catorce.	
TRAMPAGOS.-	Luego luego parte y trae seis azumbres de lo caro. Alas pon en los pies.	240

VADEMÉCUM.-

Y en las espaldas.

Éntrase VADEMÉCUM con el capuz, y queda en cuerpo TRAMPAGOS.

TRAMPAGOS.- ¡Por Dios, que si durara la bayeta,
que me pudieran enterrar mañana!

REPULIDA.- ¡Ay lumbré destas lumbres, que son tuyas, 245
y cuán mejor estás en este traje
que en el otro sombrío y malencónico!

Entran dos músicos sin guitarras.

MUSICO 1º.- Tras el olor del jarro nos venimos
yo y mi compadre.

TRAMPAGOS.- En hora buena sea.
¿Y las guitarras?

MUSICO 1º.- En la tienda quedan. 250

TRAMPAGOS.- Vaya por ellas Vademécum.

MUSICO 1º.- Vaya:

MUSICO 2º.- Mas yo quiero ir por ellas.

MUSICO 1º.- De camino, 255
diga a mi oíslo que, si viene alguno
al *rapio rapis*, que me aguarde un poco,
que no haré sino colar seis tragos
y cantar dos tonadas y partirme;
que ya el señor Trampagos, según muestra,
está para tomar armas de gusto.

Entrase el un MÚSICO.

Vuelve VADEMÉCUM.

VADEMÉCUM.-	Ya está en el antesala el jarro.	
TRAMPAGOS.-	Traile.	
VADEMÉCUM.-	No tengo taza.	
TRAMPAGOS.-	Dios te la depare.	260
	El cuerno de orinar no está estrenado.	
	Tráele, que te maldiga el Cielo santo,	
	que eres bastante a deshorrar un duque.	
VADEMÉCUM.-	Sosiéguese; que no ha de faltar copa,	
	y aun copas, aunque sean de sombreros.-	265
	(A buen seguro que éste es churrullero.)	
 <i>Entra UNO como cautivo, con una cadena al hombro, y pónese a mirar a todos muy atento, y todos a él.</i>		
REPULIDA.-	¡Jesús! ¿Es visión ésta? ¿Qué es aquesto?	
	¿No es éste Escarramán? Él es, sin duda.	
	¡Escarramán del alma, dame, amores,	
	esos brazos, coluna de la hampa!	270
TRAMPAGOS.-	¡Oh Escarramán, Escarramán amigo!	
	¿Cómo es esto? ¿A dicha eres estatua?	
	Rompe el silencio y habla a tus amigos.	
PIZPITA.-	¿Qué traje es éste y qué cadena es ésta?	
	¿Eres fantasma, a dicha? Yo te toco,	275
	y eres de carne y hueso.	
MOSTRENCA.-	Él es, amiga.	
	No lo puede negar, aunque más calle.	

ESCARRAMÁN.- Yo soy Escarramán, y estén atentos
al cuento breve de mi larga historia.

Vuelve EL BARBERO con dos guitarras, y da la una al compañero.

Dio la galera al traste en Berbería, 280
donde la furia de un jüez me puso
por espalder de la siniestra banda.

Mudé de cautiverio y de ventura,
quedé en poder de turcos por esclavo.

De allí a dos meses, como al Cielo plugo, 285
me levanté con una galeota;
cobré mi libertad y ya soy mío.

Hice voto y promesa inviolable
de no mudar de ropa ni de carga
hasta colgarla de los muros santos 290
de una devota ermita, que en mi tierra
llaman de San Millán de la Cogolla.

Y este es el cuento de mi extraña historia,
digna de atesorarla en la memoria.

La Méndez no estará ya de provecho; 295
¿vive?

JUAN.- Y está en Granada a sus anchuras.

CHIQUEZNAQUE.- ¡Allí le duele al pobre todavía!

ESCARRAMÁN.- ¿Qué se ha dicho de mí en aqueste mundo,
en tanto que en el otro me han tenido
mis desgracias y gracia?

MOSTRENCA.- Cien mil cosas. 300
Ya te han puesto en la horca los farsantes.

PIZPITA.-	Los muchachos han hecho pepitoria de todas tus medulas y tus huesos.	
REPULIDA.-	Hante vuelto divino, ¿qué más quieres?	
CHQUIZNAQUE.-	Cántante por las plazas, por las calles. Báilante en los teatros y en las casas. Has dado que hacer a los poetas más que dio Troya al mantüano Títiro.	305
JUAN.-	Óyente resonar en los establos.	
REPULIDA.-	Las fregonas te alaban en el río. Los mozos de caballos te almohazan.	310
CHQUIZNAQUE.-	Túndete el tundidor con sus tijeras. Muy más que el potro rucio eres famoso.	
MOSTRENCA.-	Han pasado a las Indias tus palmeos, en Roma se han sentido tus desgracias y hante dado botines <i>sine numero</i> .	315
VADEMÉCUM.-	Por Dios, que te han molido como alheña y te han desmenuzado como flores, y que eres más sonado y más mocososo que un reloj y que un niño de dotrina. De ti han dado querella todos cuantos bailes pasaron en la edad del gusto, con apretada y dura residencia; pero llevose el tuyo la excelencia.	320
ESCARRAMÁN.-	Tenga yo fama, y háganme pedazos. De Éfeso el templo abrasaré por ella.	325

Tocan de improviso los músicos, y comienzan a cantar este romance.

MÚSICOS.-	«Ya salió de las gurapas el valiente Escarramán, para asombro de la gura, y para bien de su mal.»	330
ESCARRAMÁN.-	¿Es aquesto brindarme, por ventura? ¿Piensan se me ha olvidado el regodeo? Pues más ligero vengo que solía; si no, toquen, y vaya, y fuera ropa.	
PIZPITA.-	¡Oh flor y fruto de los bailarines, y qué bueno has quedado!	335
VADEMÉCUM.-	Suelto y limpio.	
JUAN.-	Él honrará las bodas de Trampagos.	
ESCARRAMÁN.-	Toquen; verán que soy hecho de azogue.	
MÚSICO.-	Váyanse todos por lo que cantare, y no será posible que se yerren.	340
ESCARRAMÁN.-	Toquen, que me deshago y que me bullo.	
REPULIDA.-	Ya me muero por verle en la estacada.	
MÚSICO.-	Estén alerta todos.	
CHQUIZNAQUE.-	Ya lo estamos.	
<i>Cantan.</i>		
	«Ya salió de las gurapas el valiente Escarramán, para asombro de la gura y para bien de su mal. Ya vuelve a mostrar al mundo su felice habilidad, su ligereza y su brío, y su presencia real.	345 350

*Pues falta la Coscolina,
supla agora en su lugar
la Repulida, olorosa
más que la flor de azahar.* 355

*Y en tanto que se remonda
la Pizpita sin igual,
de la gallarda el paseo
nos muestre aquí Escarramán.»*

Tocan la gallarda. Dánzala ESCARRAMAN, que le ha de hacer el bailarín, y en habiendo hecho una mudanza, prosíguese el romance.

*«La Repulida comience, 360
con su brío, a rastrear,
pues ella fue la primera
que nos le vino a mostrar;
Escarramán la acompañe.*

*La Pizpita, otro que tal, 365
Chiquiznaque. Y la Mostrenca,
con Juan Claros el galán.*

*¡Vive Dios, que va de perlas!
No se puede desear
mas ligereza o mas garbo, 370
más certeza o más compás.*

*¡A ello, hijos, a ello!
No se pueden alabar
otras ninfas ni otros rufos
que nos puedan igualar. 375*

¡Oh, qué desmayar de manos!

¡Oh, qué huir y qué juntar!

¡Oh, qué nuevos laberintos,

donde hay salir y hay entrar!

Muden el baile a su gusto,

380

que le sabremos tocar:

el canario, o las gambetas,

o al villano se lo dan

zarabanda o Zambapalo,

el pésame dello y más;

385

el rey don Alonso el Bueno,

gloria de la antigüedad.»

ESCARRAMÁN.-

El canario, si le tocan,

a solas quiero bailar.

MÚSICOS.-

Tocarémosle de plata;

390

tú de oro le bailarás.

Toca el canario, y baila solo ESCARRAMÁN, y en habiéndole bailado, diga:

ESCARRAMÁN.-

Vaya el villano a lo burdo,

con la cebolla y el pan,

y acompáñenme los tres.

MÚSICOS.-

Que te bendiga San Juan.

395

Bailan el villano, como bien saben, y acabado el villano, pida ESCARRAMÁN el baile que quisiere, y acabado, diga TRAMPAGOS:

TRAMPAGOS.- Mis bodas se han celebrado
mejor que las de Roldán.
Todos digan, como digo:
¡Viva, viva Escarramán!

TODOS.- ¡Viva, viva!

400

*«Ya salió de las gurapas
el valiente Escarramán,
para asombro de la gura
y para bien de su mal, etc.*

Salen todos los del Entremés.

Marcela

*Aparece **La Rondalla 1** cantando el Perpiñán. Una vez reconocido el balcón de
Marcela cantan la serenata.*

RONDALLA 1.- *Ya que quieres, crüel, que se publique
de lengua en lengua y de una en otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mesmo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente
con que el uso común de mi voz tuerza.*

Aparece otra **La Rondalla 2**, y tratan de imponer su canción.

RONDALLA 2.- *¡Afuera consejos vanos,
que despertáis mi dolor!
No me toquen vuestras manos:
que, en los consejos de amor,
los que matan son los sanos.*

La Rondalla 1 canta más alto

RONDALLA 1.- *Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezcladas por mayor tormento,
pedazos de las mísera entrañas.*

Aparece otra **La Rondalla 3**, y tratan de imponer su canción.

RONDALLA 3.- *O le falta al Amor conocimiento,
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.*

*Las tres Rondallas tratan de imponer su canción. Todo se embarulla y llegan
incluso a pelear entre ellos. Aparece Marcela en el balcón.*

MARCELA.- Ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos.

Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: "Quiérate por hermosa; hasme de amar aunque sea feo." Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso, han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata,

por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda: que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras. No me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. No quiero ni aborrezco a nadie. Tengo libre condición y no gusto de sujetarme. *Cierra la ventana.*

Silencio.

Final

PERSONAJE 1.- Paréceme, amigos, que las comedias que ahora se han visto no llevan pies ni cabeza, porque, ¿qué mayor disparate puede ser que pintarnos una doncella determinante, un soldado andrajoso, un rufián viudo o una princesa fregona?.

PERSONAJE 2.- Así han de ser, porque así las quiere el vulgo.

PERSONAJE 3.- Las que siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden.

PERSONAJE 4.-Nos está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos.

PERSONAJE 5.-Dice, y dice verdad.

PERSONAJE 6.-Algunas veces he procurado persuadir a los directores que más gente atraerán y más fama cobrarán representando comedias que hagan el arte que no con las disparatadas.

PERSONAJE 1.-Decidme, ¿no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres comedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales admiraron, alegraron y suspendieron a todos cuantos las oyeron, así del vulgo como de los escogidos?

PERSONAJE 6.-Sin duda que debe de decir vuestra merced por *La cueva de Salamanca, El viejo celoso y El retablo de las maravillas*.

PERSONAJE 1.- Por ésas digo. Y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar a todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo que pide disparates.

PERSONAJE 6.-Sino en que no se sabe representar otra cosa.

PERSONAJE 7.-¿Y no sería bastante disculpa desto, decir que es para entretener la comunidad de los malos humores que suele engendrar la ociosidad?

PERSONAJE 6.- Este fin se conseguiría mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales...

PERSONAJE 1.- Porque saldría el oyente enseñado con las veras, admirado de los sucesos y airado contra el vicio, por rústico y torpe que sea.

PERSONAJE 5.- Dice, y dice verdad.

PERSONAJE 8.- Ha despertado en mí un rancor que tengo con las comedias que agora se representaron; porque habiendo de ser la comedia espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia.

PERSONAJE 6.- Habrá quienes digan que esto es lo perfecto.

PERSONAJE 9.- Como las comedias se han hecho mercadería vendible...

PERSONAJE 2.- Y no tiene la culpa desto el autor que las ha compuesto...

PERSONAJE 6.- Pero sí el director.

PERSONAJE 10.- El director procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide.

PERSONAJE 5.-Dice, y dice verdad...

PERSONAJE 1.-Todo esto es en perjuicio de los ingenios españoles, porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros e ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hacemos.

PERSONAJE 11.-Todos estos inconvenientes cesarán cuando viniere una persona inteligente y discreta que examine todas las comedias que se quisiesen aquí representar; y desta manera, los comediantes con seguridad podríamos representallas.

PERSONAJE 6.-Y el director, temeroso de haber de pasar su obra por el riguroso examen de quien lo entiende, miraría con más cuidado y estudio lo que hacía.

PERSONAJE 10.-No silbéis ni reprendáis,
mis señores:
que, si aquí nos perdonáis,
procuremos ser mejores.

PERSONAJE 12.- En tan notoria simpleza,
nascida de intento sano,
el amor rige la mano
y la intención la belleza.

Uno comienza a cantar y todos le siguen.

¿Quién de amor venturas halla?

El que calla.

¿Quién triunfa de su aspereza?

La firmeza.

¿Quién da alcance a su alegría?

La porfía.

De ese modo, bien podría

esperar dichosa palma

si en esta empresa mi alma

calla, está firme y porfía.

Quien desespera, ¿qué espera?

Muerte entera.

Pues ¿con quién se sustenta amor?

Con favor.

¿Y con qué mengua su furia?

Con la injuria.

Claro en esto se parece

que mi amor será inmortal,

pues la causa de mi mal

ni injuria ni favorece.

Luego, ¿bien será morir?

Mejor sufrir.

¿Descubriré mi pasión?

En ocasión.

¿Y si jamás se me da?

Sí hará.

Porque se suele decir,

y esta verdad se reciba,

que tras la tormenta esquiva

suele la calma venir.